

Prólogo

Con cuanto nos sobra y despreciamos por estar ya hartos de ello, se podría entrelazar un cordón que tan largo y resistente fuera, que sostener en vilo pudiera otro mundo diferente al que cada cual concibe como personal. Por ello, si las puertas de la magia fueran ciertas, no habría límite a la imaginación, a los sueños más inverosímiles y a cuanto de inenarrable queda por ver.

Hay un mundo en cada pasado que ya ha muerto; hay un mundo en cada presente que continua vivo, a no ser que algo o alguien decida convertirle en pasado.

Voy a ahondar gráficamente en un pasado que me ha traído al presente y que, por muy poco, no me ha convertido en pasado... aún.

Voy a ahondar gráficamente en el pasado del lugar, donde quedaron esparcidas por sus calles y plaza y hasta la puerta misma de la que fue su casa, las cenizas de mi padre incinerado, que no enterrado, de vuelta al lugar que le vio nacer.

Voy a ahondar gráficamente en años de miseria y hambre, de vestiduras negras y pana dura, que al caminar de los mayores le cantaban al viento con su roce especial, y donde las abarcas de rueda de coche eran lujo poderlas llevar.

Y mientras ahondo en el pasado y en el lugar, irán mis versos cayendo, dejándose adornar por cuanto más hay de texto en esta senda peregrina de la que aún quedan restos vivos para juzgar.

Con lo enorme que debe ser el universo, es una pena que vengamos a morir a este lugar tan hermoso.

Por la herencia genética
me obligo a confesar
la procedencia del mal.

La herencia genética
me obliga a pensar
que has transmitido su semilla
a mis venas y arterias,
que me fue impuesta
al hundirse en las tuyas.

El temor,
lejano,
me nació con tu caída y marcha.

El miedo inconsciente e ignorado,
al que debí conceder más presencia,
se me ha hecho manifiesto en la carne.

De haberme detenido a concederle la presencia debida,
de haberlo hecho,
quizás,
solo quizás,
hubiera evitado esta pesadilla
que al igual que la tuya ,que te consumió y ya llevó,
acabará consumiendo y llevando a ambos.

Tú, Martín,
mi ascendiente familiar,
hermano de mi padre ya muerto,
que retornaste al polvo
por esta misma causa...

Tú, Martín,
¿me oyes desde la eternidad?

Quisiera tener en alcance
tu misma ancianidad.

Sea este canto para ti,
hermano de mi padre en vida,
mi compañero de cáncer en muerte.

DESDE LA SUPERVIVENCIA RECIENTE





Un nuevo nacimiento tiene lugar
en las páginas sin llenar,
un nuevo parto en mis escritos
está ocupando las líneas ya trazadas.

Serán las que llenan el insomnio
cuando la luz llega su fin.

Las horas de la noche son muchas,
son demasiado largas,
se extienden demasiado
para ser consuelo en algo.

Tras su padecimiento,
al fin llegará la luz,
borrará el testigo deforme
de la maldita oscuridad,
y quedará tachada del calendario
un anoche más sin sueño.

Sin sueños ni pesadillas,
solo esperar a la luz.



Vivo con el sangrante temor
de la próxima llegada del dolor;
vivo con el miedo
de su siguiente llegada
con otra forma
de nueva aceptación.

El pánico a otro atacamiento,
el terror a otra dolencia más,
obstaculiza el entendimiento,
nubla la visión sobre el mañana
y el brillo de las pupilas apaga.

El mañana de siempre,
que dejó de existir como de color rosa,
se tornó negro
con el anuncio de la palabra maldita.

El mañana de siempre,
que dejó de serlo tan rotundamente
y con tanta violencia,
que las lágrimas ajenas
trajeron el llanto propio.

La profanación en mi cuerpo
se ha hecho costumbre
en la cotidiana evolución de los días
que han perdido su nombre.

Ya no existen fechas futuras,
solo pasadas,
a las que voy sobreviviendo
en la espera del acto final.